

yo, ya los buques de Occidente iban á sus aguas en busca de cargamento. Alguna poderosa causa debió haber para que se conociesen las ventajas de la posicion de Odesa, pues trazada apenas en el terreno que ocupaba Hadji-Bey llamó hácia sí, á costa de Kherson, el comercio del Norte del mar Negro.

La lucha de diez años contra la indiferencia de la metrópoli, hubiera muerto sin remedio á Odesa, á no tener en sí misma un poderoso elemento de fuerza que la hizo triunfar de todos los obstáculos. Las llanuras de la Besarabia y de la Podolia, y todas las que se estienden al Este hasta el curso del Bug no tienen salida mas natural que Odesa, y sin ocasionar ningun perjuicio al comercio de Kherson pueden llevar á sus almacenes las lanas, los granos, los cueros y los sebos que son los principales artículos de esportacion. En cuanto á los metales que los rios ó las caravanas del Norte llevan al mar de Azoff, es fácil comprender que desde el origen adoptarian ese puerto de fácil acceso, y hácia el cual los buques eran naturalmente impulsados por el mismo viento que les habia hecho atravesar el estrecho de Azoff. La extrema dificultad de entrar en los puertos de Kherson y Nicoláïeff, que es la causa de su seguridad, ha podido convertirse en algunos casos contra el mismo crecimiento de su comercio.

¿Mas por qué nos hemos de detener en cuestiones que apenas tuvimos tiempo de examinar en nuestra primera y corta permanencia en Odesa? Deslumbrados como estábamos por tanta gente de buen tono, por toda la elegancia de una grande ciudad, adormecidos en la molicie de una vida regalada y tranquila, despues de las fatigas y privaciones de toda clase, nos sentiamos indudablemente dispuestos á reputar á Odesa por la metrópoli natural y legítima de un mundo todavía nuevo. Encantados por el risueño aspecto de esas hermosas casas alineadas en el elegante boulevard, poco nos importaba que esas riquezas de arquitectura hubiesen sido secundadas por la misma calidad de las piedras en que el cincel muerde tan fácilmente. Decian tambien que, en vez de estar fundada sobre bases sólidas, reposaba sobre un banco de frágiles conchas, cuya amalgama se descompone con el tiempo. Mas en esas casas hallábamos tan buena acogida, tanto lujo, un tono tan afectuoso y bien entendido, un gusto tan puro y fino tacto, que todo contribuia á cautivarnos del modo mas agradable. Pero volemós al dia en que para corresponder á las amables instancias del conde de Woronzoff y para colmar al propio tiempo un deseo bien natural, tomamos pasaje en el *Pedro el Grande*, lindo buque de vapor

que, durante todo el verano, hace el servicio entre Odesa y los tres puntos principales del antiguo Quersoneso, Yalta, Theodosia y Kerch.

Habíamos de trasladarnos á Yalta, y en el mismo buque venia una numerosa comitiva escoltando á la condesa Woronzoff que iba á reunirse con el gobernador general en su palacio de Alupka. El 10 de Agosto, hácia medio dia, se hizo á la mar el *Pedro el Grande*, en medio de una notable afluencia de curiosos que vinieron al muelle para contemplar la multitud brillante y el acompañamiento de los distinguidos pasajeros. Decir las personas que se hallaban reunidas en el buque seria enumerar todos los interlocutores de una conversacion general, alegre, animada, en medio de la cual corrieron las primeras horas mientras que favorecia nuestra marcha el tiempo mas hermoso. Todas esas señoras acostumbradas á paseo de ochenta leguas que las conduce á su casa de campo muchas veces durante la estacion presente, mostrábanse familiarizadas con la vida marítima. Pasó la tarde dulce y apacible; mas al ponerse el sol, una ancha faja roja tendida hácia el horizonte, anunció que la noche no seria tan tranquila. Los marinos mas espertos no dejaron de notarlo y su pronóstico fué exacto, pues en efecto, llegada la noche el viento sopló con

bastante violencia para alborotar la mar que inundaba con abundantes oleadas el puente sobrado bajo del elegante buque. Hubo entonces alguna confusion y mucho mareo entre las pasajeras mas aguerridas contra tales borrascas. Hácia mitad de la noche reconocimos el faro de Tendra colocado en la estremidad de una punta larga, pero tan baja, que aun durante el dia se pierde en la línea del mar. Más tarde apercibimos hácia babor el fuego de Tarkanbut, y por la mañana admirábamos todas esas cosas tan confusas durante la noche, atravesando una escuadra de cuatro navíos y dos fragatas de la marina imperial, que evolucionaban no lejos de la costa de Crimea, la cual vimos hácia las once. Un faro colocado en la punta baja del Quersoneso indica el primer punto de la costa meridional. Muy luego se presentan á los encantados ojos altas montañas de tan hermosa forma que no parecen sino la natural y verde separacion que hay entre la ciudad de Génova y el ducado de Luca. Doblado ese cabo, corrimos rápidamente siempre con mar gruesa pasando por delante de esos pintorescos sitios que la amabilidad de nuestros compañeros de viaje tenia apenas tiempo de nombrarnos. Ese inmenso promontorio es el cabo de Parthénium. En su cima, que no carece de poesía, porque en ese lugar

citado por tantos poetas antiguos tuvo cumplimiento el hermoso drama de Orestes é Ifigenia, en el fondo de esa ensenada, y sobre el alto muro de grandes peñas descuella el monasterio de S. Jorge, coronado con un rojo cimborrio y con las doradas flechas de sus pararrayos. En seguida se descubren Balaklava y sus genovesas ruinas, sentadas sobre una roca que domina una estrecha hendidura, en la cual los buques grandes y los barcos pescadores se guarecen como en un puerto.

Allí una concha escondida por la naturaleza ofrece un abrigo seguro y secreto, porque los palos no serian bastante altos para revelar la presencia de los buques ocultos tras de esas peñas. Mas allá se levanta en la extrema punta meridional de la Táurida el cabo de Asia al cual los griegos habian llamado *Kriu-met-opon*, porque presentaba á los geógrafos de la antigüedad la apariencia de la frente de carnero, cuyo nombre le dieron. Siguiendo esta interesante revista, los sitios se van embelleciendo, la naturaleza es menos áspera, y la inmensa barrera de montañas se retira para dejar entre ellas y el mar algunas pendientes ricamente adornadas. Kastropolo, que es uno de los útiles establecimientos que por tantos títulos han hecho respetable y respetado el nombre de mi venerando pa-

dre su fundador, se descubrió muy pronto presentándonos sus casas blancas que dominan un viñedo, cuyos ribazos se dilatan hasta las arenas de la playa. No puedo espresar la agitacion de mi alma á la vista de esos dominios que no conocia, y se me presentaban como una de las mas nobles partes de la herencia paterna, al aspecto de las nuevas tentativas hechas por un hombre de bien á fin de alentar en esa lejana tierra un cultivo que pueda un dia hacerla dichosa.

Descubrimos á poco rato la parte habitada por los opulentos propietarios de la costa meridional: un palacio bizantino, delicioso sueño oriental que dibuja su ligera silhueta en medio de las masas de verdura, dejaba flotar al aire nuestra bandera nacional. Ese palacio era Alupka, encantadora capital de esa noble colonia de castillos: á la distancia en que estábamos de la costa, distinguimos el estruendo de tres cañonazos que saludaban nuestro paso. Un faro colocado en un pezon señaló la entrada de la bahía de Yalta y el término de nuestro viaje, retardado seis horas por el viento contrario.

El *Pedro el Grande* ancló á poca distancia de una escollera que solo defiende los buques contra las olas que vienen de lejos. A poco rato atravesó esa

mar amenazadora una osada barquilla que traía al conde Woronzoff á quien hallé como siempre, amable, bueno, afectuoso, rejuvenecido por la felicidad de cuanto le rodea, y que llevaba impresa en su bella y tranquila fisonomía, la paz de una alma dichosa á fuerza de derramar beneficios. El recibimiento del conde me penetró de gratitud tanto por mí como por mis compañeros, á quienes se presentó con esa cordialidad generosa que se oculta bajo la apariencia mas natural y sencilla.

A pocos momentos tomamos tierra, y fuimos perfectamente alojados en una fonda que corre por cuenta (¡oh vanidad de las grandezas humanas!) del Sr. Bartolucci, antiguo *basso cantante* del teatro de Odesa.

CAPITULO VI.

CRIMEA.--TAGANROCK.--NOVO-TCHERKASK.

Pocas posiciones hay tan pintorescas como la de Yalta, cuyo puerto, más que tal es un adorno, y cuyas casas están al abrigo de las altas montañas que forman la cordillera de Yaila. Edificada Yalta sobre el terreno de una antigua ciudad griega de bastante importancia, ocupa toda la parte septentrional de una bahía muy espaciosa y abierta entre el cabo Nikita al Norte, y el Ai-Todor al Mediodía. Esa rada, circuida de bellísimos paisajes, está perfectamente abrigada por un lado, al paso que hácia el otro se halla espuesta á los vientos, y á la mar gruesa que viene del Sudeste, cual acontece en Odesa; y aun despues de calmados los vientos, las olas continúan por mucho tiempo conmovidas en la bahía, y las arenas arrancadas del fondo por el mo-